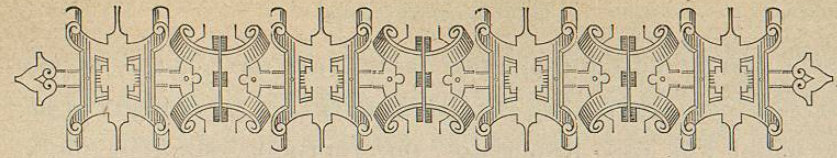
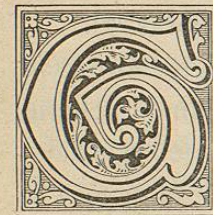


DEL EXAMEN GENERAL



DEL EXAMEN GENERAL



GENERALMENTE hablando, el hombre no suele poner los ojos en el modo como usa de la vida que ha recibido de Dios para emplearla en su amor y servicio (1); no examina ni consulta consigo la bondad ó malicia de sus acciones, esto es, si andan ó no ajustadas á los preceptos de la Ley divina: diríase que el negocio del alma lo tiene completamente olvidado. En cambio, suele ser harto solícito y minucioso en lo relativo al alma del negocio. El amador del mundo vive engolfado en la ignominiosa servidumbre de los vicios, *amando la vanidad y buscando la mentira* (2). El avariento no piensa sino en acrecentar sus caudales, y en ellos *tiene puesto el corazón, como en su tesoro* (3). El comerciante apenas come, ni sosiega, ni acierta á hablar sino de sus empresas y negocios, y todo lo encamina á ellos, movido por el desapoderado afán de enriquecerse; llegada la noche, busca en sus cuentas la ganancia del día, y si en ellas reconoce pérdida, para el día siguiente procura restaurarla á

(1) Matth., IV, 10.—Luc., X, 27.

(2) Psal. IV, 3.

(3) Matth., VI, 21.

toda costa. Verdaderamente *los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz* (1) en el negocio de su alma. Por eso Jesucristo—que reprueba este afán inmoderado por las cosas temporales (2)—nos dice á nosotros, que somos hijos de la luz (3): *Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay polilla que los consuma, ni ladrones que los desentierren y roben* (4), y estos tesoros son las virtudes, verdadera riqueza del alma que *nadie nos puede arrebatar* (5). El campo donde han de crecer y fructificar estas virtudes es nuestra alma—comparada en el Evangelio á la viña del padre de familias (6)—y Dios nos la ha confiado para que nos consagremos á su cultivo, en primer lugar, *arrancando y destruyendo* las malas hierbas de los vicios y pasiones, y luego *edificando y plantando* virtudes y buenas obras (7).

Pues bien; el medio más adecuado para lograr en breve tiempo estos maravillosos resultados, es «el examen general» de nuestra conciencia», porque sirve como de escardillo, dice el P. Rodríguez, para quitar y arrancar el vicio y la pasión que comenzaba á despuntar, y al mismo tiempo nos ayuda en la adquisición de las virtudes, noble patrimonio del espíritu (8).

Aunque este examen general constituye uno de los medios secundarios ó indirectos para adquirir la perfección, ocupa, no obstante, un lugar muy principal entre los demás, y de ello intento persuadiros. Veamos «cuánto importa» al alma este ejercicio, y «el modo» de practicarlo con provecho.

Su importancia. La perfección, considerada en su esencia, no tiene término; es un mar sin fondo y sin riberas,

(1) Luc., XVI, 8.
(2) Luc., X, 41.
(3) Ephes., V, 8.
(4) Matth., VI, 20.

(5) Rom., VIII, 35.
(6) Isai., V, 4.—Matth., XX, 1.
(7) Jerem., I, 10.
(8) Part. I, trat. VII, cap. 1.

ya que procede de Dios, manantial inagotable de santidad (1). Cuando el alma, por la práctica de la mortificación y el ejercicio de las virtudes, logra adquirir un grado de perfección, luego descubre otro, y tras éste, otro de mayor encanto la atrae, la seduce y enajena, y así es llevada como en triunfo por las misteriosas regiones de la gracia, henchidas de luz y de amor, hasta que logra alcanzar el más excelente que consiste en la unión íntima con su Dios (2). El camino que á esta unión conduce es Jesucristo (3), pues *nadie va al Padre sino por su Hijo* (4), y seguir á Cristo es cumplir la voluntad de su Padre, y quien pone la voluntad divina en medio de su corazón (5) le convierte en *templo de Dios y en morada del Espíritu Santo* (6).

Pero esto, hermanas mías, exige una transformación completa en el corazón humano; esto pide un cambio radical en sus sentimientos, en sus deseos, en sus afectos y tendencias; esto reclama la negación absoluta de la propia voluntad y juicio; en una palabra, esto supone una vida sobrenatural, que no suele adquirirse sino después de rudos combates con los apetitos y pasiones. «Cuando el corazón quede enteramente vacío de todas las cosas, dice San Juan de la Cruz, entonces será digno templo de su Majestad, porque no consiente Dios que more otra cosa consigo» (7). Esta es la idea que descuella en todas las cartas de San Pablo, pues nos dice repetidamente que *dejemos las obras de las tinieblas, y nos vistamos de las armas de la luz* (8); *que renovemos el interior de nuestra alma* (9) y *nos revistamos de Nuestro Señor Jesucristo* (10). Las obras de las tinieblas están simboli-

(1) Psal. CXLIV, 3.
(2) Psal. IV, 9.—Psal. LXXXIII,
2.
(3) Joann., XIV, 6.—Joann., X, 9.
(4) Joann., VI, 44.
(5) Psal. XXXIX, 9.

(6) Joann., XIV, 23.—Corinth., III, 16.—I. Corinth., VII, 19.
(7) Subida al Monte, lib. 1, cap. 5.
(8) Rom., XIII, 12.
(9) Ephes., IV, 23.
(10) Rom., XIII, 14.

zadas en las pasiones; las armas de la luz en la caridad, que constituye el carácter del cristiano (1).

Ahora bien; el medio más eficaz de conseguir esta renovación del espíritu, es el conocimiento de nosotros mismos, y éste lo alcanzaremos mediante la inquisición y severo examen de la conciencia, porque es evidente que no podremos ser perfectos mientras no evitemos el pecado, ni podremos evitarlo sin conocerlo, ni conocerlo sin la práctica constante de este examen, el cual nos descubre su origen, sus caracteres y sus tendencias, y nos facilita los medios para evitarlo. Á este examen aludía el rey Ezequías cuando dijo: *Recapitaré y examinaré los años de mi vida con amargura de mi alma* (2); y el que hacía Job diciendo á Dios: *Manifiéstame cuántas iniquidades y pecados tengo cometidos* (3); y de él nos habla también el real Profeta: *¿Quién conoce los delitos? Purifícame, Señor, de los ocultos, y perdona á tu siervo los ajenos* (4). Ya no debe extrañarnos que todos los Santos fundadores, en las Reglas que daban á sus monjes, consignaran este santo ejercicio, pues conocían por experiencia los admirables frutos que produce en el alma de quien asiduamente lo practica. San Basilio el Grande, que fué como el padre de todos los monjes de Oriente, dióles unas Reglas que contenían la más elevada perfección, y en ellas se inspiraron los Santos fundadores de las demás Órdenes religiosas (5), como San Francisco, San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura y otros; todos comúnmente tienen prescripto en sus Reglas el examen general de la conciencia. San Ignacio, no contento con examinarse dos veces cada día—lo cual aconseja á sus hijos espirituales,—recogíase cada hora en el santuario de su corazón para examinar minuciosamente los

(1) Joann., XIII, 35.—Rom., V, 5.

—Ephes., V, 8.

(2) Isai., XXXVIII, 15.

(3) Job, XIII, 23.

(4) Psal. XVIII, 13.

(5) Croisset, 14 Junio.

pensamientos, palabras y obras en que había empleado tan corto espacio de tiempo, y solía decir que no comprendía cómo se pudiese aspirar á la santidad sin estar vigilando continuamente el propio corazón (1), en el cual Dios tiene puestos siempre sus ojos (2). Hasta el mismo día de su muerte aparecieron debajo de la almohada anotadas las omisiones de algunos actos de virtud que sus grandes padecimientos le habían impedido practicar. ¿Columbráis ya la importancia de este examen, como medio adecuado para lograr la perfección?...

Práctica. Tratándose de una práctica tan esencial en la vida religiosa, como lo es el examen de la conciencia, toda vez que nos ayuda eficazmente á lograr la pureza del corazón, tan amada de Dios (3), debemos poner especial empeño en aprovecharnos de los documentos y reglas que nos ofrecen los Santos para practicarlo debidamente. Sea nuestro guía el experimentado maestro San Ignacio de Loyola, el cual nos dice en su admirable libro de los Ejercicios: «Dos son los exámenes diarios que ha de traer toda alma que aspire á la perfección. Uno general de todas las faltas que en el día hubiere hecho en pensamientos, palabras, obras y omisiones. Otro particular, que se hace de una sola cosa, por ejemplo, de la humildad, de la obediencia, etc.» El general, de que ahora hablamos, consta de cinco actos.

1.º «Dar gracias á Dios por los beneficios recibidos.» Dificil es en este punto hallar almas que hayan recibido de Dios mayores gracias y mercedes que las religiosas. Aunque sólo fuera por el don inestimable de la vocación al estado religioso, debiera henchirse de gratitud vuestro corazón,

(1) Nolasci in Vita, cap. 24.—Scaramelli, tom. 1, art. 9.

(2) I. Paral., XXVIII, 9.—Eccli., XXXIV, 15.

(3) Isai., I, 16.—Matth., V, 8.—Cant., II, 16.